

LA ESTRUCTURACION INTERNA DEL CATECUMENADO

Michel Dujarier, *Breve historia del Catecumenado*. DDB, Bilbao, 1985

Hasta el 313, la Iglesia vive aún en una situación difícil. Cuenta numéricamente con pocos adeptos todavía; socialmente, sus miembros se encuentran sumergidos en un mundo paganizado; políticamente, no ha adquirido derecho de ciudadanía y sufre persecución. Pero hasta la dificultad de esta situación representa una exigencia permanente que, al fin, será fuente de calidad pastoral. La Iglesia ejerce su apostolado en un contexto eminentemente misionero. Es precisamente en esta época cuando el catecumenado se va a estructurar y a producir sus más hermosos títulos de autenticidad.

Vamos a repasar las grandes etapas de este desarrollo a través de algunos ejemplos-claves. Pero conviene mostrar, ante todo, el espíritu que guiaba este esfuerzo pastoral.

1. UN INTERES PERMANENTE DE AUTENTICIDAD PASTORAL

Ya hemos subrayado con qué cuidado, desde los orígenes, se esmeraban los ministros del bautismo en discernir la sinceridad de la conversión de los candidatos. El mismo interés de autenticidad va a guiar a la Iglesia misionera de los siglos II y III en su función materna. En efecto, es fundamental no olvidar nunca que el poder salvífico de Cristo no puede desarrollarse allí donde, sin fe, falta un medio favorable (Mt 13, 58). En otras palabras, no se puede administrar el sacramento a un sujeto mal dispuesto o cuya fe no ha transformado realmente su vida.

Detengámonos en dos testimonios bien característicos, entre los que han puesto de relieve la necesidad de un cierto tiempo para consolidar la conversión y formar al convertido.

a. En Africa del Norte

Para Tertuliano, el bautismo es «el sello de la fe», de una fe que ha habido que despertar y profundizar precedentemente. La iniciación es concebida como una única y misma entrada en una única y misma fe, pero por etapas sucesivas. En relación a la fe, el itinerario catecumenal se expresa con estos tres verbos: acceder a la fe, entrar en la fe, sellar la fe. Recíprocamente, el bautismo se realiza progresivamente, desde un temor de Dios inicial hasta la experiencia sacramental de Dios, por medio de la fe sana y penitente. Es cuanto él expresa, hacia el año 200, a los catecúmenos de Cartago, cuya lentitud en completar su conversión «procedía de una temeraria confianza en el poder del bautismo»:

El Señor empezará por verificar la calidad de la penitencia, antes de concedernos una recompensa tan magnífica como la vida eterna. 9. ¿Quién, por tanto, osaría concederte a ti, cuya penitencia es tan incierta, la aspersion de una sola gota de no importa qué agua? 12. Algunos estiman que Dios está obligado a conceder, incluso a los indignos, algo de lo que El ha prometido: ellos transforman su generosidad en servidumbre. 16. El baño bautismal es el sello de la fe: pero esta fe tiene su punto de partida en la sinceridad de la penitencia y en ella halla su garantía. 17. A nosotros no se nos sumerge en el agua para que no pequemos; sino porque ya hemos puesto fin al pecado, ya estamos lavados en (nuestro) corazón: he aquí el primer bautismo del oyente (de la Palabra). De ahí un temor perfecto que el Señor reconocerá, una fe sana y una conciencia que ha abrazado la penitencia, de una vez por todas. 22. ¿A quién consideras tú como al más digno, sino al mejor corregido, y quién es el mejor corregido, sino aquel que tiene el temor de Dios más grande y que, por eso mismo, ha hecho verdaderamente penitencia?

A esta enseñanza debe corresponder la actitud de los «prepositos» (agentes) cuyo papel es precisamente el de discernir la sinceridad de los candidatos, para evitar el ser engañados por quienes se acercaran con fraude. Tertuliano

El catecumenado (Siglos II y III)

arremete contra los que se escudan en el Evangelio para evitar el retrasar o rechazar una petición de bautismo:

Que aquellos que tienen esta función sepan que el bautismo no debe darse a la ligera. «Da a todo el que te pida» (Lc 6, 30) se refiere, en sentido propio, a la limosna. (Para el bautismo) hay que tomar, más bien, en consideración esta (palabra): «No deis las cosas santas a los perros y no arrojéis vuestras perlas a los puercos» (Mt 7, 6), y aún: «No impongáis las manos a la ligera y no os hagáis cómplice de los pecados ajenos» (1 Tm 5, 22).

b. En Palestina

Las homilias pronunciadas por Orígenes en Cesarea, hacia el año 240, hacen eco a los principios de pastoral enunciados por Tertuliano. El bautismo es ciertamente un don de Dios, pero un don que, para ser eficaz, supone por parte del hombre un cambio real de vida, una transformación de costumbres a la luz de la ley de Cristo.

Deseáis recibir el bautismo y merecer la gracia del Espíritu, entonces tenéis que ser purificados a partir de la ley; ante todo, oyendo la Palabra de Dios, tenéis que desarraigar vuestros vicios habituales y aplacar vuestras costumbres bárbaras, para que, habiéndoos revestido de dulzura y de humildad, podáis recibir la gracia del Espíritu Santo. Venid catecúmenos, haced penitencia para recibir el bautismo en remisión de vuestros pecados. Recibe el bautismo con vistas a la remisión de los pecados el que cesa de pecar. Sin embargo, si alguien viniera al bautismo mientras continúa pecando, para él no hay remisión de los pecados. Por esto es por lo que yo os suplico, no vengáis al bautismo sin mirarlo de cerca y sin una reflexión profundizada, sino mostrad antes dignos frutos de penitencia» (Lc 3, 8). Pasad un cierto tiempo con una buena conducta y guardaos puros de todo vicio y de toda (clase de) grosería; de este modo, obtendréis la remisión de los pecados cuando os hayáis puesto, vosotros mismos, a desprestigiar vuestros pecados.

Veremos enseguida cómo se realizan estas exigencias. Retengamos solamente, por un instante, la afirmación categórica, —tanto en Oriente como en Occidente—, de la necesidad de un período preparatorio para el bautismo, que permite al candidato efectivamente cambiar de vida en función de su nueva fe, para que la recepción del sacramento no sea un simulacro.

Catecúmenos, estad atentos; escuchad y aprovechaos de lo que os digo para prepararos, mientras todavía no estáis bautizados. Venid a la fuente, sed lavados para la salvación; no os contentéis con ser lavados, como algunos que lo han sido, pero no lo han sido para la salvación, que han recibido el agua y no han recibido el Espíritu Santo, mientras que los que son lavados para la salvación reciben el agua y el Espíritu Santo todo junto.

Por tanto, a la luz teológica del vínculo esencial que une la fe y el sacramento vamos a poder ahora considerar la evolución de la pastoral catecumenal de los siglos II y III, en las diversas Iglesias del mundo mediterráneo.

2. EN ROMA HACIA EL AÑO 150

Hacia el año 180 vemos nacer lo que acostumbramos a llamar hoy día «catecumenado». En realidad, se trata menos de una institución que de una manera de hacer cuyo uso, bastante rápidamente difundido, fue reconocido enseguida por la Iglesia como el medio más apto para preparar a los conversos para el bautismo.

Al final del siglo I en Siria, según la *Didajé*, la iniciación cristiana suponía ya una cierta enseñanza catequética. Hacia el 140 en Roma, en una época en la que el término técnico de «catecumenado» todavía no se emplea. *El Pastor de Hermas* es testigo de que existe un verdadero itinerario para los que se preparan a los sacramentos. En la visión tercera, Hermas ve a la Iglesia bajo la imagen de una torre en construcción «edificada sobre las aguas con brillantes piedras cuadradas.» Señala a una categoría de piedras que «caían cerca del agua y no llegaban a rodar hasta ella, a pesar de su deseo». Estas piedras, se dice, representan:

a los que han escuchado la palabra de Dios y quieren ser bautizados en el nombre del Señor. Lo único que, al acordarse de la santidad que exige la verdad, cambian de opinión y se colocan de nuevo a remolque de sus malas

pasiones.

Sin duda nos hallamos aquí ante la huella de exigencias bautismales netamente expresadas por la Iglesia a los «oyentes de la palabra» que son los candidatos. Si algunos de estos cambian de opinión, es que existe un tiempo de prueba antes del bautismo y que hay que dar signos de conversión.

La organización de catecumenado que encontraremos con Hipólito hacia el 215 no apareció súbitamente. Es el fruto de un esfuerzo pastoral que fue precisándose a lo largo del siglo II. De esta lenta maduración, visible ya en la obra de Hermas, tenemos otro testimonio en la primera *Apología* de Justino. Citemos el pasaje más importante. No describe más que la iniciación bautismal propiamente dicha (con sus tres elementos: última preparación litúrgica comunitaria, bautismo, eucaristía). Pero también hace claramente alusión a una instrucción precedente cuyas características trataremos de precisar nosotros.

61,1. Expondremos ahora cómo, renovados por el Cristo, nos consagraremos a Dios. Si omitiéramos este punto en nuestra exposición, apareceríamos en falta. 2. Todos los que están convencidos y creen verdaderas las cosas que enseñamos y decimos, y que aseguran que podrán vivir de esa manera, son enseñados, en el transcurso del ayuno, a rezar y a implorar de Dios la remisión de todos sus pecados pasados, mientras que nosotros oramos y ayunamos con ellos. 3. Entonces los conducimos a donde haya agua y, según el rito de regeneración por el cual nosotros mismos fuimos regenerados, ellos también son regenerados, pues, en el nombre de Dios, padre y maestro de todas las cosas, y de Jesucristo nuestro salvador, y del Espíritu Santo, son bañados en el agua...

En cuanto a nosotros, después de haber bañado a aquel que cree y se ha añadido a nosotros, le conducimos a donde están reunidos los que llamamos hermanos, haciendo con fervor las oraciones comunes, por nosotros, por el iluminado, por todos los otros, estén donde estén, a fin de ser juzgados dignos de ser instruidos en las verdades y de ser estimados, a través de nuestras obras, buenos ciudadanos y guardianes de los mandamientos, de manera que seamos salvados con salvación eterna...

Entre nosotros este alimento se llama «eucaristía»; y a nadie se le concede tomar parte a no ser a aquel que cree verdadero lo que nosotros enseñamos, ha sido bañado con el baño para la remisión de los pecados en vistas de la regeneración, y que vive como lo ha transmitido el Cristo.

a. La evangelización previa

En esta época, el trabajo apostólico no estaba reservado a algunos especialistas. Cada cristiano tiene el cuidado de conducir a la fe a sus vecinos. Justino, por ejemplo, nos cuenta la historia de esa mujer que, «cuando conoció las enseñanzas de Cristo, se enmendó y trató de persuadir a su marido para que se enmendara igualmente, refiriéndole las enseñanzas y exponiéndole el castigo del fuego eterno reservado para los que viven en el mal y contrariamente a la sana razón».

El anuncio de la Buena Nueva no es el privilegio de los Sacerdotes ni de los sabios: es la misión que todos los cristianos, aun los menos instruidos, deben preocuparse de cumplir, según su propia gracia y la de su tiempo.

Entre nosotros, se pueden entender y aprender estas cosas aun de aquellos mismos que no conocen los caracteres de la escritura, gente simple y de hablar inculto, pero sabios y de espíritu fiel, incluso si están enfermos o privados de la vista.

La evangelización se hace de manera flexible y espontánea, por tanto, pero debe ser, sin embargo, seria y la instrucción bastante profunda. Se ve que ciertos cristianos se consagran más especialmente a esta tarea de despertar a la fe y de enseñanza, abriendo «escuelas» como las filosóficas de esa época: éstos son grupos privados, pero no institucionales.

La Iglesia jerárquica aún no asume directamente la responsabilidad de la enseñanza que allí se da. Pero el hecho está ahí: los mismos laicos aseguran con cuidado la evangelización y la instrucción de los convertidos.

b. Criterios del acceso al bautismo

La admisión al bautismo representa, por lo tanto, el final de una preparación bastante larga. Está sometida a ciertas exigencias, bien precisas, que se pueden reducir a tres.

En primer lugar, al arrepentimiento de las faltas, pues el bautismo es un «baño para la remisión de los pecados» (66-1). Justino insiste sobre este punto, citando el texto famoso de Isaías (1, 16-20): «cesad de hacer el mal, aprended a hacer el bien», que los Padres comentan frecuentemente en su catequesis bautismal (1* Apología 61, 6-9).

Después, la fe en la Iglesia como maestra de verdad: todo lo que ella enseña, todo lo que ella dice, debe ser acogido como verdadero. Esta exigencia (61-2) supone evidentemente una seria enseñanza precedente.

Finalmente, una vida transformada: hay que «asegurar que se es capaz de vivir según esta doctrina» (61-2). ¿Cómo se podría hacer esto si no hubiera habido anteriormente un período suficiente para actuar, paralelamente a la instrucción, una verdadera conversión de costumbres? Tanto se trate de la Eucaristía como del bautismo, el sacramento no se concede sino a aquel que «vive así como lo ha transmitido el Cristo» (66-1).

El período de formación, tan flexible como se quiera todavía en esta época, está sometido por tanto al discernimiento de la Iglesia que juzga la aptitud de los candidatos a través de estos tres criterios fundamentales.

Pero esto no es, tan pronto aún, el bautismo. La administración del sacramento viene precedida por un lapso de tiempo al que se puede llamar «período bautismal».

c. El período bautismal

Antes del bautismo hay algunos días de preparación litúrgica. Esta era ya la costumbre en Siria desde el final del siglo primero. La *Didajé* dice en efecto:

«Que el que bautiza, el bautizado y otras personas que lo quieran ayunen antes del bautismo; pero ordena al bautizado ayunar uno o dos días antes» (15).

En la época de Justino, muchos fieles se juntan a los futuros neófitos. Con ellos rezan y ayunan (61, 2). Los inician activamente al culto comunitario. Finalmente, les acompañan al lugar del bautismo y les hacen entrar en la comunidad más amplia de los «hermanos» para celebrar la Eucaristía (65-66).

El testimonio de Justino manifiesta así lo esencial de las etapas y de las exigencias catecumenales. A lo largo de las décadas siguientes, estas etapas y estas exigencias se codificaron de manera más y más estricta.

3. EN EGIPTO, HACIA 190-200

En Egipto, al final del siglo II, todavía no hay codificación aparente del catecumenado. Pero existen costumbres y todo un vocabulario que manifiestan la existencia de una formación catecumenal seria.

Según Eusebio de Cesarea, Panteno habría fundado en Alejandría una «escuela de catequesis» y Clemente le habría sucedido hacia el 190 a la cabeza de esta escuela. Algunos autores han querido contestar esta afirmación, pero parece más bien que las indicaciones proporcionadas por Eusebio sean exactas (16). De todas maneras, las obras de Clemente testimonian sin ambigüedad el empleo de la palabra «catecumenado» y la práctica de una auténtica disciplina catecumenal. Los textos en este sentido son numerosos. He aquí algunos que se aclaran mutuamente.

a. La catequesis

El catecumenado (Siglos II y III)

En primer lugar, por parte de los catequistas, vemos un esfuerzo intelectual muy grande apoyándose en los valores de la filosofía griega:

La erudición aconseja al maestro que exponga los dogmas principales, le ayuda a persuadir a sus oyentes, provoca la admiración de los catecúmenos y los forma en la Verdad (1 Str. 19, 4).

Parece que la mayor parte de los que inscriben su nombre, como los compañeros de Ulises, son rudos seguidores de la Palabra... Pero el que recoge lo que hay de útil en los (estudios helénicos) para la instrucción de los catecúmenos no debe abstenerse de (usar) su erudición, sino hacerla contribuir lo más posible en ayudar a los oyentes (VI Str. 19, 4).

Constatamos que esta instrucción mira a aumentar la fe de los que se preparan al bautismo:

La catequesis conduce progresivamente a la fe, la fe en el momento del santo bautismo recibe la instrucción del Espíritu Santo (Ped. 1,30, 2). Los «seres de carne» puede decirse que son los nuevos catecúmenos todavía «muy pequeños» en Cristo. El Apóstol, en efecto, da el nombre de «espirituales» a los que tienen ya la fe por el Espíritu Santo, mientras que llama «camales» a los nuevos catequizados que no han recibido aún la purificación (del bautismo) (Ped. 1, 36,2-3).

Esta educación no es puramente intelectual. Notemos bien en dónde se sitúa la distinción entre los bautizados y los que se preparan al bautismo: los catecúmenos «quieren» vivir en cristiano, mientras que los fieles, gracias al sacramento, han recibido además el «poder». Sin ninguna duda, los convertidos no han sido admitidos al sacramento sino después de un examen acerca de la seriedad de su cambio de vida:}

Con unos ya hay, junto con la voluntad, también el poder obrar, habiéndolo desarrollado por el ejercicio y habiéndose purificado; los otros, aun cuando no tienen todavía el poder, poseen por lo menos el querer. Ya buen seguro, no se miden los actos solamente después de su ejecución, sino que se les juzga también según la intención deliberada de cada uno: ¿se hizo la elección a la ligera? ¿se han arrepentido de sus faltas? ¿se ha tomado conciencia de sus caídas y las han reconocido? (II Str. 26, 4-5).

b. El catecumenado

Todo deja suponer que esta conversión vital ha tenido que exigir un cierto tiempo de formación. Clemente nos deja entender que dura por lo menos tres años desde la inscripción:

(La ley) no permite que se recoja un fruto imperfecto de árboles imperfectos, sino (que quiere) que, después de tres años, se consagre, en el cuarto año, las primicias de la recolección a Dios, cuando el árbol viene a alcanzar su perfección. Esta imagen agrícola nos puede dar una lección; nos enseña la necesidad de podar las excrecencias de las faltas, y esa vana vegetación del pensamiento que crece al mismo tiempo que los frutos naturales, hasta que la joven planta de la fe haya adquirido su talla perfecta y su solidez. Es, en efecto, hacia el cuarto año —pues se necesita tiempo para una sólida formación catecumenal— cuando el cuarteto de virtudes se consagra a Dios, la tercera etapa tocando ya a la cuarta que es la morada del Señor (II Str. 95,3 - 96,2).

Así pues, podemos concluir con MEHAT que las obras de Clemente manifiestan la existencia de un catecumenado en Alejandría hacia el año 200. Ellas afirman claramente que hay catecúmenos que inscriben sus nombres y reciben durante varios años una instrucción y una formación en vistas al bautismo. Aun cuando la estructura de la escuela de catequesis es muy flexible; aun cuando los paganos y los neófitos se mezclan a los catecúmenos para escuchar esta enseñanza, una cosa es segura: existe un grupo de convertidos que siguen una formación especial antes de ser admitidos a los sacramentos de la iniciación.

«No es posible creer que el uso de palabras tan especializadas como catequesis y catecúmenos hayan sido empleados por Clemente en un sentido enteramente distinto al que empleará Orígenes en la siguiente generación, o

El catecumenado (Siglos II y III)

al que les dará Tertuliano casi en la misma época».

4. EN EL NORTE DE AFRICA, HACIA EL 200-210

Efectivamente, en la época en la que Clemente enseña y escribe en Egipto vemos a las comunidades cristianas del Norte de Africa que viven la misma realidad catecumenal y que utilizan el mismo vocabulario. Baste con mencionar la *Pasión de Perpetua* y de sus compañeros. Los acontecimientos que narra se desarrollaron en el 202-203. Desde las primeras líneas, el relato nos pone frente a un grupo de catecúmenos detenidos por su fe:

Jóvenes catecúmenos fueron arrestados: Revocatus y Felicidad, compañera de esclavitud, Saturnino y Secundulus. Con ellos, Vibia Perpetua, de noble linaje, de educación cuidada, casada y matrona, que aún tenía a su padre, a su madre y a dos hermanos, uno de los cuales era catecúmeno (1, 1).

a. Los catecúmenos

Si queremos discernir las huellas de la aparición del catecumenado, hay que estar atentos a los diversos términos que designan a los convertidos en marcha hacia el bautismo. La palabra «catecúmeno» es la que tendrá más fortuna, pero no es ni la única, ni tampoco la primera. Ya hemos encontrado la de «prosélito de Cristo». Hay también otras.

Al lado de la expresión «catecúmeno», transcrita del griego, que es frecuente bajo la pluma de Tertuliano, hallamos también, lo mismo que en Clemente y bien pronto en Cipriano, el bien conocido nombre de «oyente» (audiens, auditor). Menos frecuentemente usado, pero particularmente interesante es el término de «recluta» (tiro) empleado en oposición a «soldado» (miles). Estas dos apelaciones corresponden exactamente a la distinción que Tertuliano establece entre «catecúmeno» y «fiel» cuando critica a los de Marción de que, entre ellos,

no se sabe quién es catecúmeno y quién es fiel; ellos entran del mismo modo, escuchan del mismo modo, rezan igualmente. Incluso cuando se presentaran paganos, ellos arrojarían lascosas santas a los perros y las perlas (por otra parte falsas) a los puercos... Los catecúmenos son definitivamente iniciados antes de ser instruidos.

En su tratado *De Poenitentia*, Tertuliano da a los catecúmenos el nombre de «novicios» (novicioli) (6,1) y habla a propósito de ellos de «noviciado militar» (tirocinia, en plural, que corresponde a «las clases» de la armada francesa: 6, 14). Estas expresiones militares distinguen bien entre el joven recluta que hace su preparación básica y el soldado que ha prestado juramento y ha sido marcado con un sello. Esto lo hallamos en Cómodo, escritor africano que vivió en el siglo III. Se lee en sus *Instructions* un párrafo dirigido a los «catecúmenos» en el que se establece netamente la equivalencia entre «tiro» y «catecúmeno»:

Creyentes todos de Cristo que habéis abandonado los ídolos, yo os aconsejo, en pocas palabras, para vuestra salvación. Si en los primeros tiempos tú vivías en el error, consagrado a Cristo desde ahora, abandona todo y, puesto que tú conoces a Dios, sé buen recluta, (hazte) probado, y que tu virginal pudor viva en el Cordero.

Que el espíritu de los buenos permanezca en vigilia: guárdate de pecar como lo hiciste en otro tiempo; el bautismo borra solamente la mancha original (21).

Si un catecúmeno llega a pecar, incurre en una pena; marcado por una pena, tú podrás vivir (en Cristo), pero no sin daño.

Ante todo: evita siempre las faltas graves (22).

Es cierto, por tanto, que, en los años 200-210, en Cartago como en Alejandría, existe un tiempo de formación catecumenal a la que se someten todos los que aspiran al bautismo. No son admitidos a la iniciación sacramental más que cuando la Iglesia, por sus responsables, ha constatado la seriedad de su conversión.

b. El período bautismal

Al término de su catecumenado, los que así son admitidos forman el grupo de «los que van a acceder al bautismo»

El catecumenado (Siglos II y III)

(ingressuri baptismum). Estos son los «benditos» (benedicti). Pasan un cierto tiempo, probablemente una semana, viejos y jóvenes, en oración:

Los que van a acceder al bautismo deben invocar a Dios con fervientes oraciones, ayunos, genuflexiones y vigili­as. Se prepararán también con la confesión de todos sus pecados pasados... Afligiéndonos la carne y el espíritu, satisfacemos por el pecado y, al mismo tiempo, nos armamos anticipadamente contra las tentaciones futuras...

Vosotros, por tanto, los benditos, a quienes la gracia de Dios aguarda, los que váis a pasar el baño más santo del nuevo nacimiento, que por primera vez váis a tender vuestras manos a una Madre y con unos hermanos, pedid al Padre, pedid al Señor como don especial de su gracia la abundancia de sus carismas (De Bapt. 20, 1 y 5).

El bautismo, en sí, puede tener lugar en cualquier día, pero se da preferentemente el día de Pascua «cuando se ha consumado la Pasión del Señor en la cual somos bautizados». Pero se puede también conferir en Pentecostés que, en esta época, no es aún la fiesta particular del día cincuenta, sino la fiesta de los cincuenta días del tiempo pascual, «el tiempo en el que la gracia del Espíritu Santo fue comunicada a los discípulos y que dejó entrever a su esperanza el retorno del Señor» (De Bapt. 19, 1-2).

Sobre el modo como se desenvuelve el mismo bautismo, Tertuliano no nos ha dejado sino pequeñas indicaciones. Citemos la más explícita, que se encuentra en su tratado *De Corona*:

En el momento de entrar en el agua, allí mismo, bajo la mano del obispo, afirmamos renunciar al demonio, a sus pompas y a sus ángeles. Después se nos sumerge tres veces, dando una garantía en cierto modo mayor que lo que prescribe el Señor en el Evangelio. Acogidos a la salida (del baño), se nos da a gustar una mezcla de leche y miel, y, a partir de este día, nos abstenemos durante toda la semana del baño cotidiano (3, 2-3).

5. EN ROMA HACIA EL 215

Al inicio del siglo III, la *Tradición apostólica* de Hipólito de Roma es testigo de que las etapas catecumenales no son una palabra vana. No sólo el catecumenado es un largo tiempo de formación, puesto que dura habitualmente tres años, sino que se encuentra entroncado entre dos exámenes de admisión extremadamente serios. Ciertamente no hay que tomar este término de examen en su acepción escolar, sino en el sentido de control. Esto nos revela la importancia de las preguntas que se hacían en estos momentos claves y de las garantías que se pedían en respuesta.

a. La entrada en el catecumenado

La admisión al catecumenado opera ya una criba entre los candidatos. Algunos son rechazados a causa de la impureza de motivos de su solicitud. Aquellos a los que llamamos hoy «padrinos», es decir, los cristianos que han evangelizado a esos postulantes y que les acompañan ante la Iglesia, tienen que testimoniar sobre su aptitud a ser desde ahora «catecúmenos». ¿Tienen una fe suficiente para «escuchar la palabra» en la catequesis? Se pregunta incluso el parecer de los patronos cristianos, cuando se presentan sus empleados.

Aquellos que se presentan por primera vez, para escuchar la palabra, serán conducidos primeramente delante de los doctores, antes de que llegue todo el pueblo, y se les preguntará sobre la razón por la que vienen a la fe. Los que los han traído testimoniarán a este respecto (por cuanto lo sepan) si son capaces de escuchar (la palabra). Se les interrogará acerca de su estado de vida: ¿tiene una mujer? ¿es esclavo? Si es un esclavo de un fiel y si su dueño se lo permite, escuchará la palabra. Si su dueño no testimonia en favor de él (diciendo) que es bueno, se le devolverá. Si su dueño es pagano, se le enseñará a agradar a su dueño, para que él no sea calumniado.

En este punto, los candidatos aceptados son informados acerca de las exigencias fundamentales de la vida cristiana:

Si un hombre tiene una mujer o si una mujer tiene un marido, se les enseñará al hombre a contentarse con su mujer y a la mujer a contentarse con su marido. Si uno no vive con ninguna mujer, se le enseñará a no cometer fornicación,

El catecumenado (Siglos II y III)

sino a tomar mujer conforme a la ley o bien a permanecer como está. Si uno está poseído por el demonio, no escuchará la palabra de la enseñanza hasta que sea purificado.

Se exige también que los postulantes abandonen los oficios que son contrarios a las costumbres cristianas, es decir, aquellos que llevan a cometer uno de los tres grandes pecados: idolatría, homicidio, impureza:

Se investigará (para saber) cuáles son los oficios y profesiones de los que son conducidos para la instrucción. Si uno es propietario de una casa de prostitución, cesará o será rechazado.

Si uno es escultor o pintor, se le enseñará a no fabricar ídolos; cesará o será rechazado.

Si uno es actor y hace representaciones teatrales, cesará o será rechazado.

El que da enseñanza a los niños, es mejor que cese; si no tiene otro oficio se le permitirá (enseñar).

Del mismo modo, el auriga que concursa o el que toma parte en los juegos cesará o será rechazado. El gladiador o el que enseña al gladiador a combatir, o el que lucha con las fieras en el circo, o el funcionario que se ocupa de los juegos de los gladiadores, cesará o será rechazado.

El sacerdote de un ídolo o el guardián del ídolo, cesará o será rechazado.

El soldado subalterno no matará a nadie. Si recibe esta orden, no la ejecutará, y no prestará juramento. Si se niega será rechazado.

El que tiene el poder de la espada o el magistrado de una ciudad, que lleva la púrpura, cesará o será rechazado. El catecúmeno o el fiel que quieren hacerse soldados serán rechazados, porque han despreciado a Dios.

La prostituta o el invertido o el afeminado y todo el que hace cosas de las que no se puede hablar, serán rechazados, porque son impuros.

No se admitirá tampoco a examen al mago. El encantador, el astrólogo, el adivino, el intérprete de sueños, el charlatán, el «cortador» de franjas de piezas (¿de vestidos?, ¿de monedas?) o el fabricante de amuletos, cesarán o serán rechazados.

La concubina de uno, si es su esclava, si ha criado a sus hijos y se ha vinculado a él solo, escuchará (la palabra); si no, será rechazada.

El hombre que tiene una concubina cesará y tomará mujer según la ley: si se niega, será rechazado.

Si hemos omitido alguna otra cosa, las mismas profesiones os instruirán, porque todos tenemos el Espíritu de Dios.

b. La catequesis

La catequesis está asegurada por los doctores, clérigos o laicos. Esta dura, en principio, tres años:

Los catecúmenos escucharán la palabra durante tres años. Sin embargo, si uno tiene celo y se aplica mucho a ello, no se mirará al tiempo, sino que se mirará a la conducta.

Cuando el doctor ha terminado de hacer la catequesis, los catecúmenos rezarán aparte, separados de los fieles. Las mujeres rezarán en un lugar separado en la iglesia, ya se trate de fieles como de catecúmenas.

Cuando acaben de rezar, no se darán el beso de paz, porque su beso no es aún santo.

Cuando el doctor, después de la oración, ha impuesto la mano sobre los catecúmenos, rezará y los enviará. Así hará todo el que enseña, sea clérigo o laico.

La catequesis se hace a lo largo de la celebración comunitaria, que tiene lugar habitualmente por la mañana, antes de ir al trabajo. No parece, pues, que a los catecúmenos se les forma en un grupo especial. Ellos son ya de la Iglesia, aun cuando no sean todavía enteramente miembros de ella. Participan en la liturgia de la palabra al mismo tiempo que los fieles, pero tienen un lugar particular en el lugar de la reunión y no se dan el beso de la paz.

Al final de esta liturgia común, el catequista hace una oración especial por los catecúmenos. La imposición de manos que la precede es, sin duda, un gesto de exorcismo.

c. El acceso al bautismo

El catecumenado (Siglos II y III)

La admisión al bautismo supone un nuevo examen. Los padrinos deben aún testimoniar, pero, esta vez, la atestación trata acerca de la conducta de los catecúmenos durante su tiempo de instrucción. Los que sean juzgados aptos serán entonces «elegidos» y podrán escuchar el Evangelio, es decir, acceder a la liturgia bautismal.

Cuando se elige a los que van a recibir el bautismo, se examina sus vidas: ¿Han vivido honestamente mientras han sido catecúmenos? ¿Han honrado a las viudas? ¿Han visitado a los enfermos? ¿Han hecho toda clase de buenas obras? Si los que los han llevado dan testimonio de cada uno: «ha actuado así», escucharán el Evangelio.

Entonces se abre el período bautismal que, como lo hemos visto en Tertuliano, se extiende probablemente a lo largo de una semana. Cada día, los elegidos son exorcizados por una imposición de manos, después el obispo hará un exorcismo más solemne.

A partir del momento en el cual se les pone aparte, se les impondrá la mano, todos los días, exorcizándolos. Cuando se acerca el día en el que van a ser bautizados, el obispo exorcizará a cada uno de ellos para saber si está puro. Si alguno no es bueno o no es puro, se le descartará, porque no escuchó la palabra con fe, porque es imposible que el Extranjero se enmascare siempre.

Se advertirá a los que deben ser bautizados que se bañen y se laven el jueves. Si una mujer está en sus reglas, se la descartará y recibirá el bautismo otro día. Los que van a recibir el bautismo ayunarán el viernes.

El sábado, el obispo reunirá en un mismo lugar a los que van a recibir el bautismo. Se les ordenará a todos rezar y doblar las rodillas, e imponiéndoles las manos, (el obispo) conjurará a todo espíritu extraño que les abandonen y que no vuelvan más a ellos. Una vez haya terminado de exorcizar, soplará sobre su rostro, y después de haberles signado en la frente, en los oídos y en las narices, les hará levantarse. Pasarán toda la noche en vigilia; se les harán lecturas y se les instruirá. Los que van a ser bautizados no llevarán consigo nada, sino solamente lo que cada cual aporta para la eucaristía. Conviene, en efecto, que el que se ha hecho digno ofrezca la oblación a la misma hora.

Después de haber descrito la celebración de la iniciación, Hipólito añade una frase muy significativa. Subraya que el bautismo y la Eucaristía, lejos de ser un punto final, son un principio, el principio de una vida que habrá que hacer crecer incesantemente:

Terminado esto, cada cual se aplicará a hacer buenas obras, a agradar a Dios y a portarse bien, a tener celo por la Iglesia, haciendo lo que ha aprendido y progresando en la piedad.

Una disciplina catecumenal tan estricta como la que presenta la *Tradition apostólica* no es un caso único en esta época. Hemos visto lo que ha sido en germen desde los orígenes apostólicos y cómo nació, poco a poco, a lo largo del siglo II. Hemos visto que existían las mismas exigencias hacia el 200 en las Iglesias de Alejandría y de Cartago (38). Vamos a encontrarlas reafirmadas claramente en las décadas siguientes, especialmente en la parte oriental del mundo mediterráneo.

6. EN EGIPTO Y PALESTINA HACIA EL 230-240

Los testimonios más hermosos sobre la vitalidad de las etapas catecumenales en la primera mitad del siglo III, en Egipto y en Palestina, nos los proporciona el gran catequeta Orígenes. Hombre de dinamismo sorprendente, no cesa de velar por la seriedad de la formación bautismal. En una Iglesia en crecimiento, el sufre al ver que el número corre el riesgo de dañar a la calidad; él lucha para que persista la pureza de la vida cristiana, como en el siglo II. Ya entonces tiene en sus labios estas palabras que nos tocan directamente hoy día:

Si juzgamos las cosas según la verdad... tenemos que reconocer que no somos jleles. Entonces se era verdaderamente fiel, cuando el martirio golpeaba desde el nacimiento (en la Iglesia)...cuando los catecúmenos eran catequizados en medio de los mártires y de la muerte de los cristianos que confesaban la fe hasta el final, y estos catecúmenos, superando estas pruebas, se vinculaban sin miedo al Dios vivo... Es entonces cuando los fieles eran poco numerosos, sin duda, pero verdaderamente fieles, avanzando por la vía estrecha y áspera que lleva a la vida.

El catecumenado (Siglos II y III)

Con este cuidado permanente por un cristianismo auténtico Orígenes trabajaba por un catecumenado de calidad. Examinemos ante todo cómo concebía él esta institución. A continuación podremos precisar las dos grandes etapas que constituyen la evangelización y la catequesis.

a. Un catecumenado por etapas

Orígenes comparó varias veces la preparación bautismal al acontecimiento bíblico del Exodo: él consideró frecuentemente la travesía del desierto por el pueblo judío como una imagen de la vida cristiana, que va desde el bautismo al acceso al cielo, él considera también fácilmente este acontecimiento como imagen del itinerario catecumenal, que se desarrolla a partir de la conversión (salida de Egipto) y la entrada en el catecumenado (paso del mar Rojo) hasta el bautismo (paso del Jordán), que marca la entrada en el Reino de Cristo (Tierra prometida). He aquí cómo se dirige a los catecúmenos:

Cuando abandonas las tinieblas de la idolatría y deseas llegar al conocimiento de la ley divina, entonces empiezas tu salida de Egipto. Cuando has sido agregado a la multitud de los catecúmenos y has comenzado a obedecer a los mandamientos de la Iglesia, entonces has atravesado el mar Rojo. En las paradas del desierto, cada día, te aplicas a escuchar la ley de Dios y a contemplar el rostro de Moisés que te descubre la gloria del Señor. Pero cuando llegues a la fuente espiritual del bautismo y, en presencia del orden sacerdotal y levítico seas iniciado en estos misterios venerables y sublimes que conocían solamente los que tienen derecho a conocerlos, entonces, habiendo atravesado el Jordán, gracias al ministerio de los sacerdotes, entrarás en la tierra de la promesa, esa tierra en la que Jesús, después de Moisés, te toma a su cuidado y se hace el guía de tu nueva ruta.

Cuando, desde las tinieblas del error, se es conducido a la luz del conocimiento, cuando, de una vida terrestre, se convierte uno a los principios de la vida espiritual, entonces se sale de Egipto y se pasa al desierto, es decir, a un género de vida en el cual, en medio del silencio y de la calma, uno se ejercita en las leyes divinas y se le impregna de los oráculos celestes. Después, cuando se ha sometido uno a su formación y a su dirección, después de haber atravesado el Jordán, se apresura hasta la Tierra prometida, es decir, por la gracia del bautismo, se llega hasta los preceptos evangélicos.

Estos textos son testimonios de importancia primordial acerca de la existencia de etapas catecumenales. Presentan, además, la ventaja de utilizar unas imágenes bíblicas muy expresivas, fáciles de explicar de manera viva a los catecúmenos.

b. La evangelización

En el itinerario hacia el bautismo, el catecumenado no es la primera etapa; viene después de un período de búsqueda y de descubrimiento, que se olvida demasiado frecuentemente. Es el tiempo de la evangelización, período durante el cual un hombre percibe el interés por Cristo y por el cristianismo, toma contacto con cristianos, sin pasar por los organismos institucionales. Es el período en el que la Buena Noticia es anunciada y suscita un acto de fe global en el misterio cristiano. Es el período de la primera conversión a Cristo, que implica una decisión de transformar su vida, sin la cual nadie habría de ser admitido al catecumenado.

¿Quiénes son los agentes de esta evangelización? Hay algunos que continúan la misión itinerante de los apóstoles:

Los cristianos, en lo que depende de ellos, trabajan en extender la doctrina por todo el universo. Para ello, algunos han emprendido el recorrido no solamente de ciudades, sino de pueblos y aldeas, con el fin de llevar a otros al servicio de Dios.

La tarea misionera es de toda la Iglesia. Al lado de los permanentes de la evangelización, está la masa de los creyentes que anuncian la Buena Noticia alrededor de ellos. Lo hacen espontáneamente en la vida cotidiana, no por táctica, sino por esas relaciones profundas que establecen con sus padres, sus amigos y sus compañeros de trabajo,

El catecumenado (Siglos II y III)

cada cual según su carisma.

Orígenes cuenta en estos términos como un pagano, llamado Celso, describía, hacia el 180, la acción evangelizadora de los laicos:

Se ven cardadores de lana, zapateros remendones, gentes de la mayor ignorancia y desprovistos de toda educación, los cuales, en presencia de maestros, hombres de experiencia y de juicio, no se atreverían a abrir la boca; pero que tomando en particular a los niños de la casa o a mujeres que no tienen más conocimiento que ellos mismos, se ponen a tratar con ellos de maravillas... Ellos solos saben cómo hay que vivir... De modo que los que quieren saber la verdad dejan a preceptores y padres y van con las mujeres y la chiquillería al gineceo o al tenducho del zapatero, o a la tienda del batanero, a fin de aprender allí la vida perfecta. He ahí cómo se conducen para ganar adeptos.

Nos gustaría conocer el contenido de este primer anuncio, de este kerygma. Parece que tocaba el problema del Dios Vivo, de cara a la idolatría: el Dios creador, el Dios único que ama a los hombres, al que se llega a conocer en la vida y en la historia. Frente a las autoridades religiosas del paganismo se presentaba a Jesús, el enviado de Dios, que asume nuestra condición hasta la muerte para darnos acceso a una vida transformada e infinita. Así se despertaba la fe en los que se sentían atraídos por la manera de vivir de los cristianos y empezaban a acoger al Cristo. Eso es lo que Orígenes responde a Celso, aun cuando el siguiente pasaje se refiere sin duda a la primera catequesis, lo mismo que las conversaciones sin continuidad en las tiendas y por las casas:

Celso no tiene razón al pensar que escondemos los principios sagrados de nuestra doctrina. Todo lo contrario, los predicamos en pleno día. A los mismos que vienen a nosotros por primera vez les inculcamos el desprecio de todos los ídolos y estatuas; después elevamos su pensamiento hasta el Creador de todas las cosas, apartándoles de dar a las criaturas un homenaje que no se debe más que a Dios; en fin, les mostramos la venida de aquel que estaba anunciado, tanto a partir de las numerosas profecías hechas a este respecto como a partir de los Evangelios y de los escritos apostólicos que han sido transmitidos con cuidado a los que pueden comprenderlos con mayor conocimiento.

Es siempre el mismo fondo común que ya encontramos en germen en 1 Ts. 1,9-10; rechazo de los ídolos con reconocimiento del único creador y fe en Cristo. Esto viene acompañado con una exposición sobre la excelencia y la pureza del cristianismo, que se completa con una llamada explícita a recibir el Reino.

c. La admisión al catecumenado

La entrada en el catecumenado no se hace en el acto. Es necesario ante todo un cierto tiempo de formación y de prueba, podríamos decir de «postulantado». El postulante no será «agregado al número de los catecúmenos» sino después de haber acogido el kerygma, es decir, después de haber hecho un acto de fe y manifestado su conversión por un inicio de cambio de vida. No se admite a cualquiera a la catequesis.

Los filósofos que montan discusiones en público no seleccionan a sus oyentes sino que se para a escucharles quien quiere. Los cristianos, por el contrario, en cuanto es posible, empiezan por poner a prueba las almas de los que les quieren escuchar y por formarlas en particular. Cuando estos auditores, antes de ser admitidos a la comunidad, parecen mostrar suficientemente los progresos realizados en su voluntad de vivir bien, entonces los introducen.

Reencontramos aquí el examen de admisión al catecumenado mencionado por Hipólito. Pero, además de afirmar su existencia, Orígenes nos informa también acerca de la evangelización precedente, de la que no habla la *Traditio apostólica*. El ha hecho ver que la primera instrucción trataba, sobre todo, de despertar a la fe, que tenía lugar en las casas y en los talleres y no de manera institucional. Lo que nosotros llamamos hoy, muy imperfectamente, «precatecumenado» era entonces un contacto vivo con cristianos; era un testimonio evangélico, y los cristianos realizaban más bien el papel de padrinos que de doctores; se trataba de la irradiación de una comunidad cristiana insertada en la vida humana y no en una enseñanza de tipo intelectual, dada en el cuadro de una institución.

El catecumenado (Siglos II y III)

Hipólito hablaba solamente del examen de admisión en el catecumenado, sin describir el rito litúrgico propio que debía acompañarle, para hacer del postulante un catecúmeno. En un pasaje de su *Exhortación al martirio*, Orígenes probablemente hace alusión a este rito. Escribiendo a cristianos, asustados ante la eventualidad del sacrificio supremo, les recuerda el compromiso que han tomado, en un cierto momento, que constituye el inicio de la catequesis. Si este compromiso no hubiera sido asumido, el catequista no hubiera tenido nada más que ver con ellos, como lo muestra Orígenes en un diálogo ficticio:

Al principio, cuando teníais que ser catequizados, pudo ser razonable el deciros: «Si no os gusta servir al Señor, elegid hoy aquel a quien queréis servir, bien a los dioses de vuestros padres, de la otra parte del río, bien a los dioses de los amorreos, entre los que vosotros habitáis sobre la tierra» (Josué 24, 15). Y el catequista os habría dicho: «Yoy mi casa, serviremos al Señor que es santo» (ibid.). Ahora, ya no es tiempo de hablaros así; porque habéis dicho: «¡Lejos de nosotros el abandonar al Señor para servir a otros dioses! El Señor nuestro Dios es el que nos ha sacado de Egipto, a nosotros y a nuestros padres, y nos ha guardado durante todo el camino por el que hemos marchado» (ibid. 16-17). Y en los acuerdos concernientes a vuestra actitud hacia Dios, habéis respondido poco a vuestros catequistas: «Nosotros serviremos al Señor, porque El es nuestro Dios» (ibid. 21, 24).

Semejante texto, ignorado por muchos historiadores del catecumenado, da una buena idea de lo que podía ser la decisión de fe exigida del postulante para ser admitido a la catequesis. Hay que hacer notar que éstas son las mismas palabras del diálogo de Josué con los Hebreos, cuando el pacto de Siquem (Josué 24, 14-24). Estas son unas fórmulas de Alianza decisivas; y los que hacen alianza son ellos mismos testigos de su compromiso (ibid. 22, 22; cf. 27). El principio de la catequesis supone, por lo tanto, para el oyente, un acontecimiento análogo al de Siquem. Por eso la aplicación de este texto a los catecúmenos es perfectamente pertinente y la manera como Orígenes les enseña a leer su experiencia en la Palabra misma de Dios es admirable.

Si bien Orígenes expresa claramente el compromiso tomado al inicio de la catequesis, ignoramos la forma en que se podía presentar. ¿Se daban ritos litúrgicos? ¿una reunión especial? Es verosímil, pero el texto precedente no basta para afirmarlo pues parece claro que las palabras puestas por Orígenes en la boca del catequista y de los catecúmenos no han sido jamás pronunciadas tal cual; están ahí para permitir captar el valor y la validez del compromiso.

d. El tiempo del catecumenado

El catecumenado es un tiempo de formación en la fe y costumbres cristianas (48). Orígenes precisa que existen dos grupos de catecúmenos:

Un grupo particular lo forman los principiantes que apenas han sido introducidos y que todavía no han recibido el símbolo de la purificación; otro está compuesto por los que han mostrado en la medida de lo posible su determinación de no querer nada que no convenga a cristianos.

El primer grupo es el de los catecúmenos propiamente dichos. El segundo es el de los «elegidos», que han acabado prácticamente su formación. Estos han sido elegidos por la Iglesia como aptos para el bautismo porque se ha constatado que pueden vivir en cristiano, y no solamente que lo quieren. De éstos habla Orígenes más adelante cuando escribe:

Cuando estos convertidos que progresan han manifestado que han sido purificados por la palabra y que pueden vivir mejor, entonces los llamamos para la iniciación junto a nosotros.

Como en Roma, los dos exámenes de admisión al catecumenado y al bautismo se efectúan, pues, muy seriamente y llevan los dos a una transformación de vida. Por otra parte, no es el candidato mismo el que juzga sobre su propia aptitud, sino miembros de la Iglesia, designados para ello, y cuyo juicio se apoya en los testimonios de los cristianos que han evangelizado a los nuevos sujetos; esto está muy claro para la admisión a las etapas del catecumenado:

Algunos tienen el encargo de informarse acerca de la vida y costumbres de los que se presentan, para impedir a los

El catecumenado (Siglos II y III)

que hacen cosas reprobables participar en su reunión comunitaria y, en contrapartida, acoger de todo corazón a los otros, para ayudarles a ser mejores de día en día.

7. EN SIRIA-PALESTINA HACIA EL 250

La práctica de las etapas catecumenales que acabamos de observar en todos los países del mundo mediterráneo al principio del siglo III no representa la concepción aislada de algunos catequistas originales. Es verdaderamente una manera habitual de hacer, que se desarrolló por todas partes espontáneamente y cuya autenticidad y necesidad reconoció la Iglesia. Una nueva prueba de ello nos la da un documento canónico- litúrgico escrito en Siria en los años 230-250: *La Didascalia de los Apóstoles*.

a. La Didascalia

Esta obra, escrita por un obispo, trata de estructurar especialmente la disciplina penitencial. Lo hace basándose precisamente en la disciplina catecumenal. ¿No es la penitencia, como lo había subrayado ya Orígenes, una cierta vuelta al bautismo que exige por lo tanto una nueva prueba por etapas? De este modo, indirectamente, la *Didascalia* se ve inducida a describirnos las etapas del catecumenado tal y como las vive la Iglesia en Siria hacia el 250.

La evangelización es obra de los laicos que convierten a sus amigos, los «amansan» para introducirlos enseguida en la Iglesia «llenos de decisión y de fe».

La admisión al catecumenado supone una conversión auténtica:

Nosotros no privamos a los paganos de la vida eterna si se arrepienten, se alejan de sus errores y los arrojan lejos de ellos... Los paganos que quieren hacer penitencia, que lo prometen, y que dicen ser creyentes, son recibidos en la comunidad para que escuchen la palabra, pero no nos comunicamos con ellos hasta que hayan recibido el sello y hayan sido plenamente iniciados.

A continuación el catecumenado será ese tiempo de formación en el que los candidatos «escuchan la palabra» y muestran dignos frutos de penitencia, hasta el día en que ellos serán juzgados aptos para entrar en el período bautismal.

b. Los Hechos Apócrifos de los Apóstoles

Al lado de la *Didascalia*, que refleja la disciplina querida por la jerarquía, poseemos varios escritos populares que pretenden narrar la vida de los apóstoles. Ciertamente no son obras inspiradas y por eso se las ha calificado de apócrifas. Pero estos escritos de edificación son de gran interés para nosotros, porque contienen aquí y allá informaciones sobre la práctica catecumenal tal como existía en la primera mitad del siglo tercero o incluso, en algunos, al final del siglo II.

Sería demasiado largo estudiarlos uno por uno. Subrayemos solamente lo que revelan referente a la estructura de la iniciación.

Utilizan el esquema estereotipado del «fuera» y «dentro» para presentar el itinerario de los candidatos. La primera predicación se hace habitualmente en la calle o en un lugar público. La catequesis, por el contrario, se hace dentro de una casa, puesto que se dirige solamente a convertidos cuyo retorno se ha podido verificar. Del mismo modo, la admisión al bautismo no se hace sin haber examinado la fe y vida de los catecúmenos.

En resumen, volvemos a encontrar aquí la estructura de dos períodos, desembocando cada uno en un examen sin el cual no se puede franquear el umbral siguiente.

c. Los escritos clementinos

El catecumenado (Siglos II y III)

A título de ejemplo, consideremos uno de estos escritos que hallamos en *Las Homilías Clementinas*. Este es otro tipo de escrito popular del siglo III, que se asemeja mucho a los *Hechos apócrifos*. Narra la conversión de un tal Clemente.

Clemente fue trastornado un día por la predicación pública de Bernabé, en Alejandría. Algunos cristianos anunciaban, en efecto, la Buena Noticia de Cristo a todos los que pasaban, en la esquina de las calles, como lo hacían los filósofos. Igual que en los tiempos de Pablo, esta arenga suscitó diversas reacciones, la mayor parte de las cuales fueron hostiles.

Tocado por la gracia, Clemente trató de calmar a la turba amotinada y se esforzó incluso por convencerla. Después, para sustraer al predicador del populacho, lo invitó a su casa y aprovechó para hacerse instruir acerca de los «rudimentos» de la verdad.

El segundo cuadro de la narración se desarrolla en Palestina, en Cesarea. Vamos a ver cómo el predicador introduce al nuevo convertido ante Pedro, jefe de la comunidad, para testimoniar la sinceridad de su fe y por lo tanto de su aptitud para recibir la catequesis. Es el mismo Clemente el que habla:

Yo pedí que se me indicara la morada de Pedro. Apenas fui informado, me presenté a su puerta. Las personas de la casa, habiéndome observado, se preguntaban entre ellos quién era yo y de dónde venía. He aquí entonces que Bernabé se adelantó y, en cuanto se dio cuenta, me saltó al cuello derramando abundantes lágrimas de alegría. Después, cogiéndome de la mano me introdujo ante Pedro y me dijo: «He aquí a Pedro, a quien yo te he presentado como al hombre más versado acerca de la sabiduría de Dios y a quien yo no he cesado de hablarle de ti. Entra derecho, pues yo le he hablado con toda sinceridad acerca del bien que hay en ti y le he comunicado, al mismo tiempo, tu plan, de suerte que, él también, desea vivamente verte. Tú eres un gran regalo que mis manos le ofrecen». Diciendo esto, me presentó diciendo: «Pedro, he aquí a Clemente».

Al oír mi nombre, el excelente Pedro se lanzó sobre mí y me dio un beso. Después, habiéndome hecho sentar, me dijo enseguida: «Tú realizaste una noble y bella acción cuando, para honrar al verdadero Dios, diste hospitalidad a Bernabé, el heraldo de la verdad, sin avergonzarte, sin temer la cólera de la turba grosera. Serás bienaventurado. Porque como tú has acogido como huésped y colmado de honores al embajador de la verdad, la verdad a su vez hará de ti, que eres un extranjero, un ciudadano de su propia ciudad. Será entonces para ti gran alegría el ver que, por una señal de benevolencia de poca duración que tú prestas ahora —yo entiendo por ello la preferencia que tú das a la verdadera doctrina— serás heredero de bienes que no se pierden jamás. No te molestes en hablarme de tus disposiciones, pues el verídico Bernabé nos ha puesto al corriente de todo lo que se refiere a ti, hablándonos casi cada día bien de ti. Y, para decírtelo en una palabra, como a un amigo verdadero: si nada te lo impide, acompáñanos en nuestros viajes, para que tengas parte en la enseñanza de la verdad que yo voy a dispensar de pueblo en pueblo hasta Roma mismo.

Por tanto, solamente después de haber manifestado la sinceridad de su conversión y gracias a la garantía de quien lo había evangelizado, Clemente es admitido a la catequesis propiamente dicha.

Lo que hay que retener pues de esta narración —que recuerda extrañamente la de la conversión de Cornelio (Hch. 10-11)— es la distinción bien neta establecida ya desde ahora entre el período de la evangelización y el de la instrucción sistemática. El primer período debe conducir a la fe. El candidato no será admitido al segundo período sino cuando la Iglesia reconozca la calidad de su conversión, manifestada concretamente y, si es posible, garantizada por quien ha sido el instrumento de esta conversión.

Volvemos a encontrar la misma seriedad para el examen que concluye el período de la catequesis y que permite al catecúmeno ser admitido al bautismo. Y así, Clemente no fue bautizado por Pedro sino después de haberlo seguido durante tres meses, escuchando sus predicaciones y manifestando su cambio de vida.

La ceremonia de iniciación es siempre precedida por algunos días de ayuno. El bautismo tiene lugar en un lugar de agua, en presencia de algunos parientes y amigos. Después todos vuelven en cortejo para celebrar la Eucaristía con los

hermanos.

Sin querer forzar el valor probativo de cada texto, que habría que precisar según su origen, se desprende, con todo, de todos estos escritos populares una convicción de conjunto: en el siglo III, la práctica catecumenal presenta por todas partes la misma estructura.

8. AL ALBA DEL SIGLO IV

Las informaciones que nos proporcionan algunos concilios, al alba del siglo IV, son menos pintorescas. Pero es interesante señalar que confirman la pedagogía catecumenal descrita anteriormente. Aunque dejan ya suponer un cierto aflojamiento de la disciplina, muestran, con todo, que la estructura de las etapas es siempre mantenida y que se afirma sin cesar la necesidad de una cierta duración de la formación.

a. Los concilios hacia el 300-325

Hacia el 300, en España, el Concilio de Elvira testimonia el mantenimiento de las exigencias en cuanto a los oficios de los que hay que abstenerse para ser «recibido» en la catequesis: ser cortesana (c.44), conductor de carro y actor de teatro (c.62). Muestra que existe un rito de entrada en el catecumenado, la imposición de las manos, por el cual se llega a ser «cristiano» (c.39). Pide que la formación dure dos años, salvo caso de urgencia debido a enfermedad (c.42). Esto es un poco menos que las prescripciones de Clemente y de Hipólito, pero por el contrario, ciertas faltas graves pueden prolongar la duración del catecumenado hasta tres años (c.4) o cinco años (c.73) o incluso hasta el momento de la muerte (c.68).

En el 325, el Concilio de Nicea constatará con pesar que se han bautizado «hombres que apenas habían pasado de la vida pagana a la fe y que no habían sido instruidos sino durante muy poco tiempo». Dará también esta prescripción: «Es justo que, en el porvenir, no se obre más así, porque el catecúmeno necesita tiempo (con vistas al bautismo)» (c.2) (59).

b. La basílica de Tiro

Al término de este vuelo sobre los siglos II y III que nos ha permitido asistir al nacimiento y expansión de la disciplina catecumenal, se presenta ante nosotros una imagen para ilustrar la situación a la que hemos llegado. Es la de la célebre basílica construida por Paulino, obispo de Tiro, después de la paz de la Iglesia, y cuyo elogio hizo Eusebio hacia el 317 (60).

En una larga descripción, en la que no es siempre fácil discernir el sentido de cada detalle, Eusebio presenta las diferentes partes de este magnífico templo como las etapas de la vida espiritual de los cristianos. Nosotros vemos en ellas bastante claramente los diversos momentos del itinerario catecumenal.

El orador habla ante todo del gran vestíbulo situado del lado de oriente que «invita, por así decir, a los que son extraños a la fe a volver las miradas hacia las primeras entradas» (n° 38). Estas están confiadas a guardianes encargados de «guiar a los que entran» (n° 63).

Entre estas entradas y el templo mismo hay un amplio espacio rodeado de cuatro pórticos (n° 39). «Ahí se han colocado los símbolos de las purificaciones sagradas», es decir, unas fuentes. Este espacio está, pues, destinado a las exigencias de «aquellos que tienen aún necesidad de las primeras iniciaciones (n° 40) y que se les hace avanzar ayudándoles a superar las primeras dificultades del sentido literal de los cuatro evangelios» (n° 63). Vemos aquí una alusión a quienes, habiendo sido en otro tiempo extraños a la fe, se han convertido y han entrado en el grupo de los catecúmenos.

Después descubrimos numerosos vestíbulos que abren las entradas hacia el templo (n° 41). Aquí están los que «se acercan estrechamente a los dos lados de la basílica: son todavía catecúmenos, ocupados en el crecimiento y el progreso de la fe, sin estar, con todo, alejados por mucho tiempo de ver los objetos interiores que contemplan los

El catecumenado (Siglos II y III)

fieles» (n° 63). Tenemos aquí, sin duda, la descripción del grupo de los «electi» elegidos para el próximo bautismo.

Finalmente, a cada lado del templo están «los locales necesarios para quienes tuvieran aún necesidad de la purificación y de las abluciones conferidas por el agua y el Espíritu Santo» (n° 45). Ahí son iniciadas «las almas puras que son purificadas a la manera del oro por un baño divino» (n° 64).

De Justino a Eusebio, por tanto, la evolución se siguió con normalidad. Lo que estaba en germen en el Nuevo Testamento se desarrolló progresivamente. El período bautismal, con su examen de admisión, fue lo primero que se estructuró. Después llegó a institucionalizarse también el período catecumenal mismo y fueron formulados con precisión los criterios de entrada en el catecumenado. Con esto mismo se subrayaba la necesidad de un tiempo previo de evangelización.

La historia habla por sí misma. En los cuatro ángulos del mundo mediterráneo, la Iglesia misionera puso en práctica las exigencias de una seria preparación bautismal. En el siglo III hallamos la imagen más auténtica del catecumenado: el testimonio de los mártires, el diálogo de los cristianos, la vida de la comunidad despierta la fe de los convertidos. La comunidad, entonces, se hace cargo de ellos y les hace caminar. Los lleva en su seno, los instruye y los forma, a fin de que, en sucesivas etapas, puedan entrar en esta vida nueva que debe crecer incesantemente y traer frutos.